

VERSIÓN ORIGINAL

JOSÉ JAVIER
ABASOLO



Año 2000. Una serie de asesinatos, bautizados por la prensa como «los crímenes de la cruz flechada», trajeron de cabeza a los *ertzainas* encargados de investigar el caso, entre ellos Mikel Goikoetxea, «Goiko», quien, a pesar de esforzarse al máximo, no conseguiría resolverlo, en lo que, *a posteriori*, supuso el único fracaso en su historial como investigador de homicidios.

Año 2019. A pesar de sus reticencias iniciales Goiko, que ahora ejerce como detective privado, accede a participar como asesor en una película que se rueda en Bilbao, basada colateralmente en los no resueltos «crímenes de la cruz flechada». A pesar de ser consciente de que pueden removerse viejas heridas, Goiko confía en que pueda servir como coartada para reabrir un caso en el que no ha dejado de pensar en los últimos veinte años. Para ello contará con la providencial ayuda de una joven *ertzaina* que no participó en su día en la investigación y que, por lo tanto, está en condiciones de aportar una nueva mirada a lo acontecido.

Una trama muy bien llevada, en un escenario que conoce a la perfección, Bilbao, con un lenguaje que conjuga la sobriedad narrativa y la ironía, hasta llegar a un final inesperado.

1

(Alabama)

Lo primero que hace el policía rubio que acaba de bajarse del coche camuflado es quitarse las gafas oscuras que lleva puestas y otear el horizonte, como si de ese modo pudiera abarcar y comprender mejor todo lo que tiene frente a él. Lo que ve debe satisfacerle, porque vuelve a colocárselas con gesto displicente, como si quisiera dejar meridianamente claro que está inmunizado contra las prisas que asolan al mundo moderno. La mujer que acaba de reunirse con él tras salir del mismo vehículo, en cambio, no realiza ese gesto tan peliculero, aunque su gesto duro parece indicar que no lo ve todo tan risueño como su compañero.

Durante unos breves instantes los dos policías se quedan mirando a lo lejos, como si otearan los dorados minaretes de Samarkanda, hasta que el hombre, tras un silencio de poco más de tres segundos, habla con su compañera.

–¿Vamos? –le pregunta lacónicamente.

–Sí, vamos –le contesta ella igual de lacónica.

Despacito, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, se van acercando hasta la entrada de la mansión que han estado contemplando al salir del coche policial. Es una casa grandiosa por su tamaño, aunque anodina por su arquitectura, de tres plantas, en cuya fachada pueden divisarse unas cuantas esculturas adosadas que, tal vez, no desen-

tonarían en Atenas, al lado del Partenón, pero que en esa población del Profundo Sur de los Estados Unidos no pasa de ser una muestra de mal gusto y ostentación. Aunque nadie osará decírselo a la cara a sus propietarios ya que, a tenor de lo que puede contemplarse a simple vista, seguramente son también los amos no solo de la casa sino del pueblo entero. Una mansión, en definitiva, en la que las únicas personas que no pertenecen a la categoría de blancos, anglosajones y protestantes son los criados afroamericanos y latinos que desempeñan allí los trabajos domésticos. Y, por supuesto, en ella no puede faltar un mástil que se yergue, enhiesto, en su frontal y en el que ondea la bandera de las barras y estrellas.

Los dos policías, cuyos zapatos aparecen impecables pese a haber hecho el camino a través de un césped recién regado, son interceptados por un colega uniformado que se cuadra ante ellos mientras hace un saludo militar, tocando con los dedos de la mano derecha la sien del mismo lado.

—Teniente de detectives James Worthington —dice el hombre rubio, sacando una placa y enseñándosela al uniformado—. Y mi compañera —mueve el brazo en dirección a la mujer que está junto a él—, la sargento de detectives Myrna McGowan.

—No hacía falta que se identificara, señor —replica el agente que custodia la casa—. Le había reconocido —añade exultante mientras mira arrobado al gran hombre que gracias a su porcentaje de casos resueltos se ha convertido, en muy poco tiempo, en toda una leyenda entre los policías del sureño estado de Alabama. Seguramente él también aspira a quitarse cuanto antes el uniforme y llegar a ser un detective de los que se encargan de asuntos difíciles, de esos que te dan prestigio y te convierten en protagonista de las portadas de los diarios y de los noticiarios de las cadenas de televisión.

–Se lo agradezco, agente –responde, condescendiente, Worthington–, pero siempre, en toda ocasión, debe solicitar la documentación a quienes se acerquen a un escenario del crimen. Siempre. No lo olvide si quiere prosperar en esta profesión.

–No lo olvidaré, teniente, se lo aseguro. Muchas gracias.

Worthington hace un gesto con la mano que lo mismo podría significar “eres un perrito bueno, Toby” que “eres tonto del culo, paleta de mierda” y sin pronunciar ni una palabra más se dirige, seguido por su compañera, hacia la entrada de la casa. Han debido estar observándolos desde el interior porque nada más acercarse a la puerta esta se abre y una mujer de raza negra, vestida con un perfectamente planchado y almidonado traje de doncella, que luce en su cabeza una cofia, les ruega que entren, añadiendo que los señores les están esperando.

Tanto formalismo, casi más propio de la pequeña aristocracia sudista que se ha quedado anclada en los tiempos de la Guerra de Secesión que del siglo XXI, extraña a los dos policías, que se miran como si quisieran decirse que tal vez se han equivocado, que no es posible que en una mansión tan pulcra y aséptica se haya cometido un crimen. Pero saben que no, que nadie se ha equivocado, que, si el jefe de homicidios de la Oficina del *Sheriff* ha enviado allí a su detective estrella y a su nueva compañera, es porque, efectivamente, una persona ha sido asesinada y, al parecer, los padres de la joven –porque según los informes la asesinada es una mujer joven– poseen la suficiente influencia sobre el alcalde para que este se asegure de que no se va a escatimar lo más mínimo con tal de resolver el caso.

La criada los conduce, a través primero de las escaleras y posteriormente por un pasillo que parece interminable, a una estancia, el gabinete, como lo denomina, en la que una pareja de mediana edad les está esperando. Él, impe-

cablemente vestido, con un traje gris y una camisa blanca adornada por una pajarita de color azul oscuro, conserva aún una melena aleonada, aunque encanecida por el transcurso del tiempo. Ella lleva, ceñido a su cuerpo, un vestido con el que podría asistir a una cena de gala en la Casa Blanca y en su garganta luce un collar de perlas con el que, en opinión de los hábiles ojos tasadores de la sargento McGowan, podría pagarse el lujoso deportivo que antes de entrar en la casa ha vislumbrado a través de la entreabierta puerta del garaje. No parece la ropa más adecuada para disfrutar cómodamente de la paz del hogar, aunque por otra parte le parece natural que la posición social que ostentan les impida recibirlos ataviados con unas rústicas batas de franela y unas avejentadas zapatillas.

Sin estrecharles la mano el hombre canoso les pregunta si son los detectives Worthington y McGowan.

—En efecto —contesta Worthington—. Yo soy el teniente de detectives James Worthington y mi compañera es la sargento Myrna McGowan —recalca los grados, como si quisiera dejar claro que no son unos “simples detectives”, como parecía desprenderse de las palabras del señor de la casa—. Les acompañamos en el sentimiento —añade con tono compungido— y le prometemos que no cejaremos hasta llevar a la silla eléctrica al asesino de su hija.

Mientras el padre pronuncia un rotundo y exigente “eso espero” la madre pierde por un breve instante su compostura y amaga con un posible sollozo, pero la buena crianza se nota en esos momentos y enseguida recompone el rostro.

—Lógicamente necesitaremos la máxima colaboración posible —aprovecha para decir Worthington—. Somos plenamente conscientes de que son momentos difíciles para ustedes, pero en la investigación de un asesinato el tiempo es un factor decisivo.

–Lo entendemos –dice el padre de la víctima– y nos ponemos a su disposición para lo que haga falta. Supongo que querrá ver el cadá... –titubea por primera vez, como si pronunciar la palabra cadáver le supusiera, y seguramente le supone, un esfuerzo inmenso–, el cuerpo de nuestra hija –dice finalmente.

Sin esperar la respuesta toca un timbre que se encuentra encima de la mesa de roble que hay en el gabinete y en muy pocos segundos aparece la criada que los había acompañado hasta allí.

–Roberta, acompañe por favor a los señores a la habitación de la señorita Melissa.

Mientras recorren en sentido inverso el interminable pasillo, Myrna McGowan, entre susurros, le pregunta a su compañero si allí, en el sur, son todos igual de estirados y puntillosos.

–Es que llamar señorita Melissa a su hija muerta... –insiste Myrna–. No sé, pero suena tan formal, incluso en estos momentos, que me parece muy fuerte.

–Pues ya puedes ir acostumbrándote –le dice entre condescendiente y protector a su compañera–. Esto es el Profundo Sur, el Cinturón de la Biblia, no California ni la Costa Este.

Es fácil adivinar cuál es la habitación de Melissa porque apostado junto a la puerta se encuentra otro agente uniformado. También este reconoce al teniente ya que, tras saludarlo militarmente, como pocos minutos antes había hecho su compañero, le indica que puede entrar.

–El doctor Forrester ha acabado hace un rato su inspección y le está esperando –añade.

Allan Forrester es un forense como se supone que tienen que ser los forenses de las series de televisión. Más cerca de cumplir setenta años que de los sesenta, con una considerable tripa cervecera, una melena rebelde en la que se empiezan a notar ciertos claros, un bigote irregular en el que pueden apreciarse, dispersas, lo que tiene toda

la pinta de ser hebras de tabaco y un rostro afable que invita a la confianza. Tiene, además, todo el aspecto de ser un personaje al que le encanta hablar.

—Pasa, James, pasa. Te estaba esperando —dice nada más observar al policía rubio. Y luego, volviéndose a su compañera—: usted debe ser, sin duda alguna, la sargento McGowan. Me han hablado mucho de su capacidad y eficiencia. Es un auténtico placer conocerla.

Tras pronunciar esas palabras se inclina en un ángulo de casi noventa grados y cogiendo la mano derecha de Myrna McGowan, la besa. A la sargento de detectives, que por lo sorpresivo del gesto no ha sido capaz de rechazarlo, se le nota que no le gusta nada lo sucedido e incluso abre la boca para soltar algún impropio, pero la vuelve a cerrar cuando, atisbando los ojos del forense, se da cuenta de que no ha pretendido ser machista ni protector, sino que ese gesto le ha salido espontáneamente, sin duda como consecuencia de su esmerada educación sureña.

—Está claro que el cabrón de Hogan es un tipo influyente —la expresión que acaba de usar parece deslucir la exquisitez con la que se ha comportado al saludar a la policía, pero en su boca no suena tan malsonante como pudiera parecer en la de cualquier otro—, porque ha conseguido que designen al mejor detective de la Oficina del *Sheriff* para que dirija la investigación. Y Dios sabe que vais a necesitar toda vuestra capacidad e inteligencia para resolver este crimen.

—¿Por qué lo dices? ¿Ahora tú también te has metido a detective?

—¡Dios me libre! —responde, riéndose, el forense. Y el acto de reírse hace que le surja una papada que parecía mantener oculta, pero que ahora se bambolea como si estuviese bailando salsa—. Bastante tengo con lo mío como para pretender enmendarte la plana en tu trabajo. Pero llevo ya vistos muchos asesinatos. Demasiados. Y mi olfato me dice que resolver este va a ser complicado. Muy com-

plicado. Pero dejad de hablar tanto, coño, y acercaros al cadáver, que no os va a morder.

Myrna McGowan tuerce el gesto ante lo que considera un comentario irrespetuoso de Forrester, pero su compañero debe estar acostumbrado al lenguaje del forense porque, tras palmearle el hombro, le dice que tiene razón y se acerca, seguido por la sargento, hasta la cama en la que yace el cuerpo de la joven.

–Podéis observar lo que queráis y toquetearla sin miedo, porque no vais a contaminar la escena del crimen. Los especialistas en esa vaina ya han pasado por aquí y han hecho su trabajo, o eso supongo. Así que adelante, es toda vuestra.

El teniente Worthington y la sargento McGowan, precedidos por el médico, obedecen a este último y se acercan hasta la chica que está tendida en la cama, con los ojos completamente abiertos, como si mirara al infinito.

–¿A nadie se le ha ocurrido cerrárselos? –pregunta, más extrañada que molesta, la sargento.

–¿Y qué más da, si ya no puede ver nada? –exclama Forrester, sin perder su rictus de buen humor—. Venga, dejaos de tonterías y examinad conmigo el cadáver.

El médico, uniendo la acción a la palabra, retira la sábana que tapa el cuerpo de la joven asesinada, que está vestida con un camisón de encaje, y señala su garganta.

–Como veréis, ha sido cruelmente degollada. Aunque creo que lo que he dicho no tiene mucho sentido, toda degollación es cruel. Sobre todo, para quien la sufre –se ríe nuevamente de su chiste, aunque no consigue que los dos policías se sumen a sus risas.

Al mismo tiempo que despotrica por lo bajo sobre la falta de sentido del humor de los agentes de la Oficina del *Sheriff*, Forrester da la vuelta al cadáver, colocándolo de espaldas y levantando el camisón hacia arriba, dejando a la vista las nalgas de la joven.

–Interesante, ¿no creéis?

Worthington y McGowan parecen fascinados por esos glúteos en los que puede verse marcada una cruz gamada que luce, ominosa, en su nalga izquierda.

–No parece un tatuaje –aventura la sargento McGowan.

–No lo es –responde el teniente Worthington–. Se parece más a la marca de un hierro.

–Quieres decir, ¿como los que se usan en los ranchos para marcar a las reses? –pregunta, extrañada, McGowan que, aunque ha visto en su vida muchas películas del Oeste, no puede disimular su educación urbanita.

–Así es, señorita –se adelanta a responder Forrester.

–Para usted, sargento McGowan –le espeta, seca, esta última.

Desde el primer momento ha quedado claro que entre el médico forense y la sargento de detectives no se generan vibraciones positivas, lo que no parece afectar al teniente Worthington que, ajeno a la hostilidad soterrada que ha surgido entre las otras dos personas que se encuentran en la habitación, mira fijamente las nalgas de Melissa Hogan, fascinado por la señal estampada en ellas.

–Me pregunto si esa marca se la habrá hecho el asesino. Porque de ser así sus gritos tendrían que haberse escuchado en un área de muchas hectáreas y, sin embargo, por lo que sabemos, nadie oyó nada.

–Cloroformo –dice el forense–. Primero la durmieron con cloroformo y posteriormente la marcaron. Por eso no protestó. Y para cuando podría haberlo hecho ya estaba muerta.

Aunque en realidad había hablado para sí mismo, sin esperar una respuesta, Worthington agradece la puntualización de Forrester. Sí, eso lo explica todo, piensa durante unos segundos. Al menos así parece indicarlo el gesto de intensa concentración que aparece en su cara. Por fin, como si saliera de su ensimismamiento, el teniente aleja sus ojos del culo de la joven, a la que ya ese impúdico exa-

men visual no puede afectarle lo más mínimo, y vuelve a hablar con el forense, mientras le señala la mano derecha de la muerta.

–Le falta el dedo anular –indica–, y parece una amputación reciente, muy reciente.

–No se te escapa ni una –se ríe Forrester–. Sí, además puedo afirmar con total seguridad que la amputación se ha producido cuando ya estaba muerta. Pero no sé muy bien qué puede significar. Es posible que nos encontremos ante un fetichista sexual, aunque yo jamás he creído en esas zarandajas psicológicas de las que hablan mis colegas más jóvenes. Será que me estoy haciendo viejo. O, simplemente, más experimentado –vuelve a reírse el forense–. Por lo demás, no he encontrado ninguna herida defensiva. Ni pelos debajo de las uñas, ni rastros de sangre, ni ninguna de esas cosas que tanto emocionan a mis colegas de las series televisivas.

–Sí, parece coherente con lo que nos has dicho acerca de que estaba bajo los efectos del cloroformo cuando fue degollada. Seguramente por eso no gritó ni se defendió.

–Es lo más probable. No puedo descartar taxativamente que intentara defenderse, por supuesto, pero no he encontrado ningún indicio al respecto. Pudo haber, de hecho, tuvo que haberlo, un antes y un después de administrarle el cloroformo. Quién sabe, quizás estaba tan asustada que ni siquiera se le ocurrió gritar ni tuvo los arresos suficientes para defenderse. O igual sí que hizo ambas cosas, o solo una de ellas, pero en todo caso debió hacerlo de un modo tan poco consistente que es imposible afirmarlo. Desgraciadamente no puedo decirte qué es lo que sucedió en realidad. No soy Dios sino un simple médico de pueblo.

–Sí, seguramente tienes razón. Lo que no entiendo es que el cadáver haya aparecido en su habitación. En su cama.

—Por lo que me han comentado los primeros agentes que se personaron en la mansión, los padres de Melissa no deben ser asiduos espectadores de la serie CSI y desconocen que no se puede alterar el escenario del crimen. Y si lo saben se la suda. Ventajas de tener metidos en el bolsillo al gobernador, al alcalde y hasta al propio *sheriff* del condado. Supongo que se les podría detener por obstrucción a la justicia, pero si admitís el consejo bienintencionado de un perro viejo, yo que vosotros no lo haría. Podríais encontraros con una carta de despido en el bolsillo en menos de lo que cuesta hacer una llamada a cualquiera de esos tres gerifaltes.

Parece que la sargento McGowan va a decir algo, pero Worthington, con un gesto de la mano, la ordena callar. No es el momento de que suelte uno de sus vehementes discursos radicales. Estima a su compañera, y está seguro de que podrán formar una buena pareja, al menos en el aspecto profesional, pero eso no le impide pensar que cuando estén a solas tendrá que explicarle que Alabama no es su Nueva York natal y que en este estado sureño se funciona de un modo diferente que en la Gran Manzana. Y, le guste o no, más vale que se adapte si no quiere verse metida en problemas. Entre los que el menor de ellos sería, como ha insinuado el forense, que la suspendieran de empleo y sueldo. Por eso es el teniente quien toma de nuevo la iniciativa.

—¿Sabes quién encontró el cadáver?

—Acabas de estar con ella. Roberta. Me imagino que querrás interrogarla, así que va a estar esperándoos fuera de la habitación. De todos modos, creo que también ha recibido órdenes en ese sentido por parte de los dueños de la casa, por lo que no tendréis ningún problema para hablar con ella. Salvo por la desconfianza innata de esta gente a hablar con la policía, por supuesto.

Worthington asiente en silencio antes de volver a hablar con Forrester, sin hacer la menor alusión a ese co-

mentario de tintes clasistas, cuando no directamente racistas, quizás porque él, al contrario que su compañera McGowan, cuya actitud sí delata cierta incomodidad, ha sido educado en los mismos valores y con los mismos prejuicios que el médico, por lo que, aunque no lo manifieste de viva voz, comparte íntimamente sus palabras. O quizás porque prefiera no enemistarse con el viejo y obeso forense, que es toda una institución en el condado.

—¿Hay signos de agresión sexual? —pregunta finalmente Worthington.

Forrester, antes de responder, saca un purito de uno de sus bolsillos y lo enciende parsimoniosamente, como si quisiera dilatar el momento de disfrutarlo. Al parecer a ese rincón de los Estados Unidos no han llegado las leyes anti-tabaco o, de haber llegado, es otra norma que los nativos se creen eximidos de cumplir.

—Aparentemente no, si excluimos la posibilidad de que el asesino haya sido un fetichista sexual, por lo del dedo amputado, pero de eso ya hemos hablado —responde satisfecho, tras dar la primera bocanada mientras se regocija al advertir los aspavientos que hace la sargento McGowan, que siempre ha sido una convencida enemiga del tabaco—. No hay síntomas externos, al menos, de agresión. No se puede descartar que haya tenido relaciones sexuales previamente a su asesinato, pero eso solo podríamos saberlo tras efectuarle la autopsia.

—¿Y para cuándo podrá tener el preceptivo informe? —le pregunta la sargento, que pese a la hostilidad latente entre ellos intenta mantener una postura de exquisita profesionalidad.

—Muy bueno eso de “preceptivo” —se ríe Forrester, sin disimular que se está riendo de la sargento y no solo de sus palabras—. Sí, muy bueno. Aquí, señori..., perdón, sargento McGowan, solo es preceptivo lo que decidan las autoridades que lo sea, y las autoridades han decidido

que no es necesario efectuarle la autopsia a la difunta Melissa Hogan. Fin de la historia.

–Pero eso no es posible –protesta el teniente Worthington.

–Tú sabes que sí, James –responde esta vez completamente serio el forense–. Los Hogan no solo son una familia de las más importantes del estado, sino que sus múltiples negocios dan trabajo a casi la totalidad de los habitantes del condado y a muchos de los condados adyacentes. Y no solo controlan, como os he dicho antes, al gobernador, al alcalde y al *sheriff* del condado, sino a la mayoría de los jueces que ejercen en esta zona. Así que no hay ni va a haber ningún tipo de autopsia.

–¡Es increíble! –exclama Myrna McGowan.

–Todo lo contrario, sargento –en esta ocasión no se vislumbra ningún tipo de hostilidad en las palabras del forense–, es completamente creíble, por desgracia. Lleva usted poco tiempo, por lo que veo, en esta zona del país, pero ya se irá acostumbrando. De todos modos –añade–, el motivo de la muerte está claro, así que una autopsia no variaría en nada el dictamen sobre la misma. Sí, ya sé que nos proporcionaría otro tipo de datos, pero quizás esos hipotéticos datos son la causa de que Mark Hogan III se oponga a su realización.

–¿Sospechas algo raro, Allan? –el teniente le llama por su nombre de pila, como buscando su complicidad.

–Tú eres el policía, James –contesta el médico, encogiéndose de hombros–, así que tú sabrás. Es cierto que en la gran mayoría de los asesinatos cometidos los primeros sospechosos, y en muchas ocasiones los últimos, son las personas más cercanas o allegadas a las víctimas, pero no me imagino a Mark Hogan III, o a su mujer, Danielle, asesinando a su hija. Ellos serían más partidarios de enviarla interna a un carísimo y rígido colegio suizo o inglés, llegado el caso. Conozco a Hogan, y no voy a poner la mano en el fuego por él. Es un fanático religioso, además de autorita-

rio y despótico, lo que por otra parte no es un defecto personal, sino que le viene de familia, y como te he dicho controla con mano de hierro tanto sus negocios como la política estatal, pero creo que jamás mataría a su hija. Aunque os repito que es solo una opinión personal y que no pondría la mano en el fuego por él.

–Me imagino que sabes de lo que hablas, Allan, pero si es así no entiendo que se niegue a que se le haga la autopsia a su hija. Ni tampoco que hayan movido el cadáver. Se supone que tanto él como su mujer tendrían que ser los primeros interesados en que descubramos al asesino o asesinos de su hija.

–Se supone, se supone –repite esta última frase Forrester–. ¡Hay tantas cosas que se suponen! Pero tienes razón, Hogan es la persona más interesada en averiguar quién mató a su hija. Aunque no te confundas, no le interesa por un exceso de amor paternal, que no niego que exista, sino porque quien lo ha hecho lo ha desafiado. O, al menos, eso es lo que él pensará. Nadie atenta contra una posesión de Mark Hogan III, y a estos efectos su hija Melissa, por duro que pueda pareceros, no era sino otra posesión más que alguien le ha arrebatado y tendrá que pagar por ello. Y preferiblemente utilizará sus propios medios para lograr su objetivo. Hogan solo se relaciona con los poderes públicos para darles órdenes, no para aceptar sumisamente sus reglas, así que no os envidio para nada. No solo vais a tener que averiguar quién ha asesinado a la pobre Melissa, sino que hasta es posible que tengáis que colaborar con una multitud de detectives privados contratados por él.

Myrna McGowan tuerce el morro al escuchar las últimas palabras del forense. No le gustan nada los detectives privados, unos entrometidos que pretenden hacer el trabajo de los policías y que, sobre todo si se ven respaldados por gente poderosa, como seguramente sucedería en este caso, incluso los miran por encima del hombro. Pero